

# ¿ME AMAS?

## Volumen 1 – Sermón No.117

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
7 DE SEPTIEMBRE DE 1856  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN NEW PARK STREET CHAPEL, SOUTHWARK.**

***“Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas”.***  
***Juan 21: 15-17***

¡Cuán parecido a Cristo antes de su crucifixión fue Cristo después de su resurrección! Aunque se había acostado en la tumba y había descendido a las regiones de los muertos, y había vuelto sobre sus pasos a la tierra de los vivos, sin embargo, cuán maravillosamente similar era en sus modales y cuán inmutable en su disposición. Su pasión, su muerte y su resurrección no podían alterar su carácter como hombre, más de lo que podrían afectar sus atributos como Dios. Él es Jesús por siempre igual. Y cuando se apareció nuevamente a sus discípulos, no había desechado ninguno de sus buenos modales. No había perdido una partícula de interés en su bienestar. Se dirigió a ellos tan tiernamente como antes y los llamó Sus hijos y Sus amigos.

Con respecto a su condición temporal, estaba atento, porque dijo: "Hijos, ¿tienen algo de carne?" Y ciertamente estuvo tan atento a su estado espiritual. Porque después de haber provisto sus cuerpos con una rica corriente del mar, con peces (que posiblemente había creado para la ocasión), pregunta por la salud y la prosperidad de sus almas. Comenzó con el que se suponía que estaba en la condición más enfermiza, el que había negado a su Maestro tres veces y lloró amargamente, incluso Simón Pedro. "Simón, hijo de Jonás", dijo Jesús, "¿Me amas?"

Sin prefacio, porque tendremos muy poco tiempo esta mañana, ¡que Dios nos ayude a hacer un buen uso! Mencionaremos tres cosas. Primero una pregunta solemne: "¿Me amas?". En segundo lugar, una respuesta discreta: "Sí, Señor, sabes que te amo". Y, en tercer lugar, una

demostración obligatoria del hecho. Él le dijo: "Apacienta mis corderos". O nuevamente, "Apacienta mis ovejas".

1. Primero, entonces, aquí había una PREGUNTA SOLEMNE que nuestro Salvador le hizo a Pedro, no para su propia información, ya que, como dijo Pedro, "Sabes que te amo", sino para el examen de Pedro. Es bueno, especialmente después de un pecado grave, que el cristiano debería investigar bien la herida. Es correcto que se examine a sí mismo. Porque el pecado causa graves sospechas y sería un error para un cristiano vivir una hora con una sospecha sobre su estado espiritual, a menos que ocupe esa hora examinándose a sí mismo. El autoexamen debe seguir más especialmente al pecado, aunque debe ser el hábito diario de cada cristiano y debe ser practicado por él perpetuamente.

Nuestro Salvador, digo, le hizo esta pregunta a Pedro, para que se la hiciera a sí mismo. Por lo tanto, podemos suponer que se nos pide esta mañana que podamos ponerlo en nuestros propios corazones. Que cada uno se pregunte, entonces, en nombre de su Salvador, para su propio beneficio: "¿Amas al Señor? ¿Amas al Salvador? ¿Amas al siempre bendito Redentor?"

Tenga en cuenta cuál era esta pregunta. Era una pregunta sobre el amor de Pedro. No dijo: "Simón, hijo de Jonás, ¿me tienes miedo"? No dijo: "¿Me admiras? ¿Me adoras?" Ni siquiera era una pregunta sobre su fe. No dijo: "Simón, hijo de Jonás, ¿crees en mí?" Pero le hizo otra pregunta: "¿Me amas?". Supongo que es porque el amor es la mejor evidencia de piedad. El amor es la más brillante de todas las gracias. Y, por lo tanto, se convierte en la mejor evidencia. No creo que el amor sea superior a la fe. Creo que la fe es la base de nuestra salvación. Creo que la fe para ser la gracia de la madre y el amor brota de ello.

La fe que creo que es la raíz de la gracia y el amor crece de ella. Pero entonces, la fe no es una evidencia de brillo igual al amor. La fe, si la tenemos, es una señal segura de que somos hijos de Dios y también lo es cualquier otra gracia segura y cierta, pero muchos de ellos no pueden ser vistos por otros. El amor es más brillante que cualquier otro. Si tengo un verdadero temor de Dios en mi corazón, entonces soy hijo de Dios. Pero dado que el miedo es una gracia que es más tenue y no tiene ese halo de gloria sobre él que tiene el amor, el amor se convierte en una de las mejores evidencias y una de las señales más fáciles de discernir si estamos vivos para el Salvador.

El que carece de amor, debe carecer también de cualquier otra gracia en la proporción en que carece de amor. Si el amor es pequeño, creo que es una señal de que la fe es pequeña, porque el que cree mucho, ama mucho. Si el amor es pequeño, el miedo será pequeño y el coraje para Dios será pequeño. Cualesquiera que sean las gracias que hay, la fe yace en la raíz de todas ellas, sin embargo, dependen tan dulcemente del amor que, si el amor es débil, el

resto de las gracias seguramente lo serán. Nuestro Señor le hizo a Pedro, entonces, esa pregunta: "¿Me amas?"

Y tenga en cuenta, nuevamente, que no le preguntó a Pedro nada sobre sus acciones. Él no dijo: "Simón Pedro, ¿cuánto has llorado? ¿Con qué frecuencia has hecho penitencia a causa de tu gran pecado? ¿Con qué frecuencia has buscado de rodillas misericordia en Mi mano por el desaire que me has hecho y por esa terrible maldición y juramento con que repudiaste a tu Señor, a quien habías declarado que seguirías hasta la prisión y la muerte?" No fue en referencia a sus obras sino en referencia al estado de su corazón que Jesús dijo: "¿Me amas?". Hizo esto para enseñarnos que, aunque las obras siguen a un amor sincero, el amor es más excelente. que funciona.

Y las obras sin amor, no son evidencias que valga la pena tener. Podemos tener algunas lágrimas. Pero no son las lágrimas que Dios aceptará si no hay amor para Él. Podemos tener algunos trabajos. Pero no son obras aceptables si no se hacen por amor a su persona. Podemos realizar muchas de las observaciones y rituales externos de la religión. Pero a menos que el amor se encuentre en el fondo, todas estas cosas son vanas e inútiles. La pregunta, entonces, "¿Me amas?" Es una pregunta muy vital, mucho más que una que simplemente se refiere a la conducta externa. Es una pregunta que entra en el corazón, de tal manera que lleva todo el corazón a una pregunta. Porque si el amor está mal, todo lo demás está mal. "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?".

Ah, querido Amado, tenemos muchas razones para hacernos esta pregunta. Si nuestro Salvador no fuera más que un hombre como nosotros, a menudo podría dudar si lo amamos en absoluto. Permítanme recordarles algunas cosas que nos dan una gran razón para hacer esta pregunta: "¿Me amas?" Me ocuparé solo de la última semana. Vengan, mis hermanos y hermanas cristianos, observen su propia conducta. ¿Tus pecados no te hacen dudar si amas a tu Maestro? Ven, mira los pecados de esta semana, cuando estabas hablando con una palabra enojada y con una mirada hosca, ¿no podría tu Señor haberte tocado y decir: "¿Me amas?".

Cuando estabas haciendo tal o cual cosa, que bien sabes en tu conciencia no estaba de acuerdo con Su precepto, ¿no podría haber dicho: "¿Me amas?" ¿No puedes recordar la palabra de murmullo porque algo salió mal contigo en los negocios esta semana, y estabas hablando mal del Dios de la providencia por ello?

Oh, ¿no podría el Salvador amoroso, con piedad en Sus lánguidos ojos, haberte dicho: "¿Me amas?" No necesito dejar de mencionar los diversos pecados de los que has sido culpable. Usted ha pecado, estoy seguro, lo suficiente como para dar un buen terreno para la sospecha de sí mismo, si aún no se aferró a esto, que Su amor hacia usted, no su amor hacia Él, es el sello de su discipulado.

Oh, ¿no piensan dentro de ustedes mismos: "Si lo hubiera amado más, ¿debería haber pecado tanto? Y, oh, ¿puedo amarlo cuando he roto tantos de sus mandamientos? ¿He reflejado Su gloriosa imagen al mundo como debería haberlo hecho? ¿No he perdido muchas horas en esta semana que podría haber gastado en ganarle almas? ¿No he desperdiciado muchos momentos preciosos en una conversación ligera y frívola que podría haber pasado en oración sincera? Oh, ¿cuántas palabras he pronunciado, que si no han sido inmundas (como confío en que no lo hayan sido) todavía no han sido tales como han ministrado la gracia a los oyentes?"

"Oh, ¿en cuántas locuras me he entregado? ¿Cuántos pecados he guiñado? ¿Cuántos delitos he cubierto? ¿Cómo he hecho sangrar el corazón de mi Salvador? ¿Cómo he deshonrado a su causa? ¿Cómo he deshonrado hasta cierto punto la profesión de amor de mi corazón hacia Él?" Oh, hazte estas preguntas a ti mismo, Amado, y di: "¿Es esta tu bondad con tu Amigo?" Pero espero que esta semana haya sido una en la que has pecado poco abiertamente en cuanto al mundo, o incluso en su propia estimación, como para abrir actos delictivos.

Pero ahora déjame hacerte otra pregunta: ¿Tu mundanalidad no te hace dudar? ¿Cómo has estado ocupado con el mundo, desde el lunes por la mañana hasta la última hora del sábado por la noche? Apenas has tenido tiempo de pensar en Él. ¿En qué rincones has empujado a tu Jesús para hacer espacio para tus fardos de mercancías? ¿Cómo lo has guardado en solo cinco minutos, para dejar espacio para tu libro de contabilidad o tu diario? ¡Qué poco tiempo le has dado! Has estado ocupado con la tienda, con el intercambio y el corral. ¡Y has tenido poco tiempo para comunicarte con Él!

¡Ven, solo piensa! Recuerda cualquier día de esta semana. ¿Puedes decir que tu alma siempre voló hacia Él con deseos apasionados? ¿Jadeaste como un ciervo por tu Salvador durante la semana? No, tal vez hubo un día entero y apenas pensaste en Él hasta que terminó. Y luego solo puedes reprenderte a ti mismo: "¿Cómo me he olvidado de Cristo hoy? No he visto a su persona. ¡No he caminado con Él, no he hecho lo que hizo Enoc! Sabía que vendría conmigo a la tienda. Sabía que Él es un Cristo tan bendecido que estaría detrás del mostrador conmigo. ¡Sabía que Él era un Señor Jesús tan alegre que caminaría por el mercado conmigo! Pero lo dejé en casa y lo olvidé todo el día". Seguramente amados, cuando recuerden su mundanalidad, deben decir de sí mismos: "Oh Señor, bien podrías preguntar: '¿Me amas?'".

Considere de nuevo, le ruego, cuán frío ha estado esta semana en el propiciatorio. Has estado allí, porque no puedes vivir sin él. Has elevado tu corazón en oración, porque eres cristiano y la oración es tan necesaria para ti como tu aliento. Pero, ¡qué mal aliento asmático has vivido esta semana! ¿Qué poco has respirado? ¿Recuerdas cuán apresurada fue tu oración

el lunes por la mañana, qué tan motivado estabas el martes por la noche? ¿No puedes recordar lo lánguido que era tu corazón, cuando en otra ocasión estabas de rodillas? Has tenido poca lucha esta semana, un poco agonizante. Has tenido poco de la oración que prevalece.

Apenas has agarrado los cuernos del altar. Te has parado a lo lejos y has visto el humo en el altar, pero no has agarrado los cuernos. Ven, pregúntate, ¿tus oraciones no te hacen dudar? Digo, honestamente ante todos ustedes, mis propias oraciones a menudo me hacen dudar, y no sé nada que me dé una causa más grave de inquietud. Cuando trabajo para rezar, oh, ese demonio sinvergüenza, cincuenta mil pensamientos que intenta inyectar para alejarme de la oración. Y cuando quiera y deba rezar, ¡qué ausencia hay de ese ardiente deseo ferviente! Y cuando me acercaría a Dios, cuando lloraría con mis propios ojos en penitencia y creería y recibiría la bendición, ¡oh, ¡qué poca fe y qué poca penitencia hay!

En verdad, he pensado que la oración me ha hecho más incrédulo que cualquier otra cosa. Podía creer por encima de mis pecados, pero a veces apenas puedo creer por encima de mis oraciones, porque ¡oh, ¡qué fría es la oración cuando hace frío! De todas las cosas que son malas cuando hace frío, creo que la oración es la peor, ya que se convierte en una burla, en lugar de calentar el corazón, lo hace más frío de lo que era antes. Parece incluso humedecer su vida y espíritu, y lo llena de dudas sobre si realmente es un heredero del Cielo y aceptado de Cristo. ¡Oh, mira tus frías oraciones, cristiano! Y decir que no es su Salvador el derecho de hacer esta pregunta muy solemnemente: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?"

Pero detente. De nuevo, solo una palabra más para que reflexiones. Quizás has tenido mucha oración y este ha sido un momento de refrigerio de la presencia del Señor. Pero tal vez sepa que no ha ido tan lejos esta semana como podría haberlo hecho en otro ejercicio de piedad, que es incluso mejor que la oración, me refiero a la comunión y el compañerismo. Oh, amado, esta semana te has sentado muy poco bajo el manzano y te ha encantado encontrar su sombra. No has ido mucho esta semana a la casa del banquete y has tenido su bandera de amor sobre ti. Ven, piénsalo, ¿qué tan poco has visto a tu Señor esta semana?

Quizás ha estado ausente la mayor parte del tiempo. ¿Y no has gruñido? ¿No has llorado? ¿No has suspirado tras él? Seguramente, entonces, no puede haberlo amado como debería, de lo contrario no podría haber soportado su ausencia. No podrías haberlo soportado con calma si hubieras tenido el afecto por Él que un espíritu santificado tiene por su Señor.

Tuviste una dulce visita de Él en la semana y ¿por qué lo dejaste ir? ¿Por qué no lo obligaste a permanecer contigo? ¿Por qué no agarraste las faldas de su vestido y dijiste: "¿Por qué deberías ser como un hombre caminante y como uno que se aparta y se atrasa por una noche? Oh mi señor, habitarás conmigo. Yo te cuidaré. Te detendré en mi compañía. No puedo dejarte ir. Te amo y te obligaré a vivir conmigo esta noche y al día siguiente. Mientras pueda retenerte,

te retendré". Pero no. Eras tonto Lo dejaste ir. Oh, Alma, ¿por qué no agarraste Su brazo y le dijiste: "No te dejaré ir"? Pero lo agarró tan débilmente, lo hizo sufrir que se fuera tan rápido, que podría haberse dado la vuelta y decirle a Simón: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?".

Ahora, te he hecho todas estas preguntas porque me las he estado haciendo a mí mismo. Siento que debo responder a casi cada uno de ellos: "Señor, hay una gran razón para que me haga esa pregunta", y creo que la mayoría de ustedes, si son honestos con ustedes mismos, dirán lo mismo. No apruebo al hombre que dice: "Sé que amo a Cristo y nunca tengo dudas al respecto". Debido a que a menudo tenemos razones para dudar de nosotros mismos, la fe fuerte de un creyente no es una fe fuerte en su propio amor a Cristo. Es una fe fuerte en el amor de Cristo hacia él. No hay fe que siempre crea que ama a Cristo. La fe fuerte tiene sus conflictos y un verdadero creyente a menudo luchará en los dientes de sus propios sentimientos. Señor, si alguna vez te amé, sin embargo, si no soy un santo, soy un pecador. Señor, sigo creyendo, ayuda mi incredulidad.

El discípulo puede creer, cuando no siente amor, porque puede creer que Cristo ama el alma. Y cuando no tiene evidencia, puede venir a Cristo sin evidencia y aferrarse a Él, tal como es, con fe desnuda, y aun así aferrarse a Él. Aunque no vea sus señales, aunque ande en tinieblas y no haya luz, que aún confíe en el Señor y permanezca en Su Dios; pero estar seguros en todo momento de que amamos al Señor, es un asunto muy diferente, sobre esto tenemos necesidad de cuestionarnos continuamente, y de la manera más escrupulosa de examinar tanto la naturaleza como el alcance de nuestras evidencias.

II. Y ahora llego a la segunda cosa que es UNA RESPUESTA DISCRETA. "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" Simón dio una muy buena respuesta. Jesús le preguntó, en primer lugar, si lo amaba mejor que otros. Simón no diría eso, una vez había estado un poco orgulloso, más que un poco, y pensó que era mejor que los otros discípulos. Pero esta vez evadió esa pregunta. No diría que amaba más que a los demás. Y estoy seguro de que no hay un corazón amoroso que piense que ama aún mejor que el menor de los hijos de Dios. Creo que cuanto más alto esté un hombre en la gracia, más bajo será en su propia estima, y será la última persona en reclamar la supremacía sobre los demás en la Gracia Divina del amor a Jesús.

Pero marque cómo respondió Simón Pedro, no respondió en cuanto a la cantidad sino a la calidad de su amor. Él diría que amaba a Cristo, pero no que lo amaba mejor que otros. "Señor, no puedo decir cuánto te amo. Pero tú sabes todas las cosas. Sabes que te amo. Hasta ahora puedo afirmar, en cuanto a la cantidad de mi amor, no puedo decir mucho al respecto". Pero solo note, nuevamente, la manera discreta en la que Pedro respondió. Algunos de nosotros, si nos hubieran hecho esa pregunta, hubiéramos respondido tontamente. Deberíamos haber dicho: "Señor, te he predicado tantas veces esta semana. Señor, he distribuido mi sustancia a los pobres esta semana. Bendito sea tu nombre, me has dado la

gracia de caminar con humildad, fidelidad y honestidad. Y, por lo tanto, Señor, creo que puedo decir: 'Te amo'".

Hemos presentado nuestras buenas obras ante nuestro Maestro, como las evidencias de nuestro amor. Deberíamos haber dicho: "Señor, me has visto durante esta semana. Digo como lo hizo Nehemías de antaño: 'No olviden mis buenas obras. Oh Señor, te lo agradezco. Sé que son tus dones, pero creo que son pruebas de mi amor'". Esa hubiera sido una muy buena respuesta si nuestro prójimo nos hubiera interrogado y él hubiera dicho: "No siempre amas a tu Salvador". Pero sería una tontería decirle eso al Maestro. La respuesta de Pedro fue sabia: "Señor, sabes que te amo".

Usted sabe que el Maestro podría haberle dicho a Pedro, si hubiera recurrido a sus obras: "Sí, puedes predicar y no amarme. Puedes rezar, de una manera, y aun así no amarme. Puede hacer todas estas obras y, sin embargo, no me tiene amor. No te pregunté cuáles son las evidencias de tu amor. Te pregunté el hecho". Muy probablemente todos mis queridos amigos aquí no hubieran respondido de la manera que supuse. Pero habrían dicho: "¿Te amo, Señor? Por qué, mi corazón está ardiendo hacia Ti. ¡Siento que podría ir a prisión y morir por ti! A veces, cuando pienso en ti, mi corazón está lleno de felicidad. Y cuando estás ausente, oh Señor, gimo y lloro como una paloma que ha perdido a su compañera. Sí, siento que te amo, oh mi Cristo".

Pero eso habría sido muy tonto porque, aunque a menudo nos regocijamos en nuestros propios sentimientos, que son cosas alegres, no sería bueno suplicarles a nuestro Señor, porque Él podría responder: "Ah, te sientes alegre ante la mención de Mi nombre. Entonces, sin duda, tiene muchos engañados, porque tenía una fe ficticia y una esperanza imaginada en Cristo. Por lo tanto, el nombre de Cristo pareció alegrarlo. Dices: "Me he sentido aburrido cuando has estado ausente". Eso podría haberse explicado por circunstancias naturales.

Tuviste dolor de cabeza, tal vez, o alguna otra dolencia. "Pero", dices, "me sentí tan feliz cuando estuvo presente que pensé que podría morir". Ah, de esa manera Pedro había hablado muchas veces antes. Pero hizo un desastre lamentable cuando confió en sus sentimientos, porque se habría hundido en el mar de no ser por Cristo. Y condenó eternamente su alma, si no hubiera sido por su gracia, cuando, con maldiciones y juramentos, negó tres veces a su Señor.

Pero no, Pedro era sabio. No presentó sus marcos y sentimientos, ni presentó sus evidencias, aunque son buenas en sí mismas, no las presentó ante Cristo. Pero, como si dijera: "Señor, apelo a tu omnipotencia. No voy a decirte que el volumen de mi corazón debe contener tal y tal materia, porque hay tal y tal marca en su portada. Porque, Señor, puedes leer dentro de él. Y, por lo tanto, no necesito decirte cuál es el título, ni leerte el índice de los contenidos. Señor, sabes que te amo".

Ahora, ¿podríamos esta mañana, queridos amigos, dar una respuesta como esa a la pregunta? Si Cristo viniera aquí. Si Él ahora caminara por estos pasillos y a lo largo de los bancos, ¿podríamos apelar a Su propia Omnisciencia Divina, Su conocimiento infalible de nuestros corazones, que todos lo amamos? Hay un punto de prueba entre un hipócrita y un verdadero cristiano. Si eres hipócrita, podrías decir: "Señor, mi ministro sabe que te amo. Señor, los diáconos saben que te amo. Creen que sí, porque me han dado una multa. Los miembros piensan que te amo porque me ven sentado en tu mesa. Mis amigos piensan que te amo, porque a menudo me escuchan hablar de ti". Pero no podías decir: "Señor, sabes que te amo".

Tu propio corazón es testigo de que tus obras secretas creen en tu confesión, porque no tienes oración en secreto y puedes predicar una oración de veinte minutos en público. Eres tacaño y parsimonioso en dar a la causa de Cristo. Pero puedes lucir tu nombre para que te vean. Eres una criatura enojada y petulante. Pero cuando vienes a la casa de Dios, tienes un gemido piadoso y hablas como un hipócrita inquieto, como si fueras un hombre muy caballeroso y nunca parecieras enojado. Puedes tomar el nombre de tu Hacedor en vano, pero si escuchas a otro hacerlo, serías muy severo con él. Pareces ser muy piadoso y, sin embargo, si los hombres supieran de la casa de esa viuda que te está clavando en la garganta, y del patrimonio de ese huérfano que le has quitado, dejarías de anunciar tus buenas obras. Tu propio corazón te dice que eres un mentiroso ante Dios.

Pero tú, oh cristiano sincero, puedes acoger la pregunta de tu Señor y responderla con santo temor y confianza cordial. Sí, puede agradecerle la pregunta. Tal pregunta nunca se le hizo a Judas. El Señor amaba tanto a Pedro que estaba celoso de él, o nunca habría desafiado su apego. Y en este tipo, a menudo apela al afecto de aquellos a quienes ama. La respuesta también está registrada para usted: "Señor, tú sabes todas las cosas". ¿No puedes mirar hacia arriba, aunque sea despreciado por los hombres, aunque incluso rechazado por tu ministro, aunque los diáconos lo mantengan alejado y alguien lo pueda ver con desestimo? ¿No levantas la vista y dices: "Señor, sabes todas las cosas, sabes que te amo"?

No lo hagas en jactancia y bravuconería. Pero si puedes hacerlo sinceramente, sé feliz. Bendice a Dios porque te ha dado un amor sincero al Salvador y pídele que lo incremente de una chispa a una llama y de un grano a una montaña. "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Sí, Señor, sabes todas las cosas. Sabes que te amo".

III. Y ahora aquí hay una DEMOSTRACIÓN REQUERIDA: "Apacienta a mis corderos, apacienta a mis ovejas". Esa fue la demostración de Pedro. No es necesario que sea nuestra forma de mostrar nuestro amor. Hay diferentes formas para diferentes discípulos. Hay algunos que no están calificados para alimentar a los corderos, ya que son solo corderitos. Hay algunos



que no pueden alimentar a las ovejas, ya que actualmente no pueden ver lejos. Son débiles en la fe y no están calificados para enseñar en absoluto. Sin embargo, tienen otros medios para mostrar su amor al Salvador. Ofrezcamos algunas palabras sobre este asunto.

“¿Me amas?” Entonces, una de las mejores evidencias que puedes dar es alimentar a mis corderos. ¿Tengo dos o tres niños pequeños que aman y temen Mi nombre? Si quieres hacer un acto que demuestre que eres un verdadero amante y no un pretendiente orgulloso, ve y aliméntalos. ¿Hay algunos pequeños que he comprado con Mi sangre en una clase infantil? ¿Fuiste a hacer algo que evidenciará que eres realmente mío? Luego no te sientes con los ancianos, no discutas en el templo. Lo hice yo mismo, pero ve y siéntate con los jóvenes huérfanos y enséñales el camino hacia el reino. "Apacienta a mis corderos".

Querido Amado, últimamente me he dejado perplejo con un pensamiento, que nuestro gobierno de la Iglesia no es bíblico. Es bíblico hasta donde llega. Pero no está de acuerdo con toda la Escritura. Tampoco practicamos muchas cosas excelentes que deberían practicarse en nuestras Iglesias. Hemos recibido entre nosotros una gran cantidad de jóvenes. En las antiguas iglesias había lo que se llamaba la clase de catecismo, creo que debería haber tal clase ahora. La Escuela Sabática, creo, está en las Escrituras. Y creo que debería haber en la tarde del sábado, una clase de los jóvenes de esta Iglesia, que ya son miembros, a quienes algunos de los miembros mayores les enseñarán.

Hoy en día, cuando tenemos los corderos, simplemente los volteamos a la deriva en el prado y allí los dejamos. Hay más de un centenar de jóvenes en esta Iglesia que positivamente, aunque sean miembros, no deberían quedarse solos. Pero algunos de nuestros mayores, si tenemos ancianos y algunos que deberían ser ordenados, deberían tratar de enseñarles más, instruirlos en la fe, y así mantenerlos firmes y rápidos por la Verdad de Jesucristo.

Si tuviéramos ancianos, como ellos tuvieron en todas las Iglesias Apostólicas, esto podría ser atendido en algún grado. Pero ahora las manos de nuestros diáconos están llenas, hacen gran parte del trabajo de los ancianos, pero no pueden hacer más de lo que están haciendo, porque ya están trabajando duro.

Quisiera que algunos aquí, a quienes Dios ha dotado y que tengan tiempo, pasen sus tardes en tomar una clase de esos hermanos más jóvenes que viven a su alrededor, a sus casas para orar e instruir piadosamente. Que los corderos del rebaño puedan ser apacentados. Con la ayuda de Dios cuidaré de las ovejas. Me esforzaré bajo Dios para apacentados tan bien como pueda y predicarles el Evangelio. Allí, que son mayores en la fe y más fuertes en ella, no necesitan la cuidadosa alimentación que requieren los corderos. Hay muchas entre nosotros, buenas almas piadosas que aman al Salvador tanto como las ovejas. Pero una de sus quejas que he escuchado a menudo es: "Oh, señor, me uní a su Iglesia. Pensé que serían todos

Hermanos y Hermanas para mí, y que podría hablar con ellos, que me enseñarían y serían amables conmigo. Oh, señor, vine y nadie me habló”.

Yo digo: “¿Por qué no les hablaste primero?” “Oh”, responden, “No me gustó”. Bueno, deberían haberme gustado, lo sé muy bien. Pero si tuviéramos algún medio de alimentar a los corderos, sería una buena manera de demostrarle a nuestro Salvador y al mundo que realmente nos esforzamos por seguirlo. Espero que algunos de mis amigos capten esa pista. Y si, en concierto conmigo, mis hermanos en el cargo se esforzarán por hacer algo de esa manera, creo que no será una prueba mala de su amor a Cristo. “Apacienta a mis corderos” es un gran deber, intentemos practicarlo como podamos.

Pero, amados, no todos podemos hacer eso. Los corderos no pueden alimentar a los corderos. Las ovejas no pueden alimentar a las ovejas exactamente. Debe haber algunos nombrados para estos cargos. Y, por lo tanto, en nombre del Salvador, permítanme decirles a algunos de ustedes que hay diferentes tipos de pruebas que deben dar. “Simón hijo de Jonás, ¿me amas? Él le dice: Sí, Señor, tú sabes que te amo”. Luego preserva esa reunión de oración. Atiéndalo, verifique que se mantenga en marcha y que no caiga al suelo. “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Cuida a tus siervos, ve que ellos vayan a la casa de Dios y los instruyan en la fe.

Hay una hermana \_\_\_\_\_. ¿Amas a Cristo? “Sí, Señor”. Quizás sea tanto como puedas hacer, quizás sea tanto como deberías hacer, entrenar a tus hijos en el temor del Señor. No sirve de nada preocuparse por los deberes que Dios nunca quiso que hicieras y dejar tu propia viña en casa sola. Solo cuida a tus propios hijos. Quizás esa sea una prueba tan buena como la que Cristo quiere de ti, que estás alimentando a Sus corderos. Usted tiene su propio oficio, para el cual Cristo lo nombró, trate de no huir de él, pero trate de hacer lo que pueda para servir a su Maestro en el mismo. Pero, te lo suplico, haz algo para demostrar tu amor. No te quedes sentado sin hacer nada. No se crucen de manos y brazos, porque tales personas desconciertan más a un ministro y traen la mayor ruina a una iglesia como la que no hace nada.

Siempre eres el más listo para encontrar fallas. Lo he marcado aquí, que las mismas personas que están discutiendo con todo, son las personas que no están haciendo nada, o que no sirven para nada. Seguramente pelearán con todo lo demás, porque ellos mismos no están haciendo nada. Y, por lo tanto, tienen tiempo para encontrar fallas en otras personas. No digas, cristiano, que amas a Cristo y, sin embargo, no hagas nada por él. Hacer es una buena señal de vida. Y apenas puede estar vivo para Dios que no hace nada por Dios. Debemos dejar que nuestras obras evidencian la sinceridad de nuestro amor hacia nuestro Maestro. “Oh”, dices, “pero estamos haciendo un poco”. ¿Puedes hacer algo más? Si puedes, entonces hazlo. Si no puedes hacer más, entonces Dios no requiere más de ti. Hacer lo mejor que puedas es tu mejor prueba.

Pero si pueden hacer más, en la medida en que retienen cualquier parte de lo que pueden hacer, en ese grado se justifican desconfiar de su amor a Cristo. Haz todo lo que puedas al máximo. Servirlo abundantemente. Sí y sobreabundantemente, busca magnificar su nombre. Y si alguna vez haces demasiado por Cristo, ven y cuéntamelo. Si alguna vez haces demasiado por Cristo, cuéntaselo a los ángeles, pero nunca lo harás. Él se entregó por ti, entrégate a Él.

Miren, amigos míos, cómo les he estado ordenando que busquen sus propios corazones, y casi temo que algunos de ustedes confundan mi intención. ¿Tengo una pobre alma aquí que realmente lamenta la apatía de sus afectos? Quizás haya decidido hacerse tantas preguntas como pueda con el fin de revivir las lánguidas chispas de amor. Permítanme decirles, entonces, que la llama pura del amor, debe alimentarse siempre donde se encendió por primera vez. Cuando te advertí que te miraras a ti mismo, era solo para detectar el mal. Si encuentra el remedio, debe dirigir sus ojos, no a su propio corazón, sino al bendito corazón de Jesús, al Amado, a mi misericordioso Señor y Maestro. Y si alguna vez estuvieras consciente de la dulce hinchazón de tu corazón hacia Él, solo puedes probar esto con un sentido constante de Su tierno amor hacia ti.

Me alegro de saber que el Espíritu Santo es el Espíritu de amor y que el ministerio del Espíritu se me ha dedicado en nada como esto, que toma las cosas de Jesús y me las muestra, difundiendo en el extranjero el amor del Salvador en mi corazón, hasta que restringe todas mis pasiones, despierta la más tierna de todas las tiernas emociones, le revela mi unión y ocasiona mi fuerte deseo de servirle. No dejes que el amor se te presente como un deber severo, o un esfuerzo arduo. En vez de eso, mira a Jesús, ríndete a Sus encantamientos cariñosos hasta que te engañen con Su belleza y preciosidad. Pero ah, si eres flojo en las pruebas que das, sabré que no estás caminando con Él en comunión santa.

Y permítanme sugerir una forma rentable de mejorar la ordenanza de la Cena del Señor. Es decir, mientras participan, mis amigos, renueven su dedicación a Cristo. Busquen esta mañana para entregarse nuevamente a su Maestro. Di con tu corazón lo que ahora diré con mis labios: "Oh, mi precioso Señor Jesús, te amo. ¡Sabes que hasta cierto punto me he entregado a ti hasta ahora, gracias a Tu gracia! Bendito sea tu nombre, que has aceptado las obras de un siervo tan indigno. Oh Señor, soy consciente de que no me he dedicado a ti como debería. Sé que en muchas cosas me he quedado corto. No haré ninguna resolución para vivir mejor para Tu honor, pero ofreceré la oración para que me ayudes a hacerlo".

"Oh, Señor, ¡te doy mi salud, mi vida, mis talentos, mi poder y todo lo que tengo! Me has comprado y me has comprado por completo, entonces, Señor, tómame esta mañana, bautízame en el Espíritu. Permíteme sentir ahora un afecto completo hacia Tu bendita Persona. Que pueda tener ese amor que conquista el pecado y purifica el alma, ese amor que puede desafiar el peligro y encontrar dificultades por Tu bien. ¡Que de ahora en adelante y para

siempre sea un vaso consagrado de misericordia, habiendo sido elegido por Ti desde antes de la fundación del mundo! Ayúdame a retener esa elección solemne de Tu servicio que deseo esta mañana, por Tu gracia para renovar". Y cuando bebes la sangre de Cristo y comes Su carne espiritualmente, en el tipo y en el emblema, entonces te suplico, deja que el recuerdo solemne de Su agonía y sufrimiento por ti te inspire con un amor mayor, para que puedas estar más dedicado a Su servicio que nunca.

Si eso se hace, tendré la mejor de las Iglesias. Si eso lo hacemos nosotros, el Espíritu Santo nos ayuda a llevarlo a cabo, todos seremos hombres buenos y verdaderos, reteniéndonos por Él y no tendremos que avergonzarnos en el día horrible.

En cuanto a ustedes que nunca se han entregado a Cristo, no me atrevo a decirles que renueven un voto que nunca han hecho. Tampoco me atrevo a pedirte que hagas un voto, que nunca cumplirías. Solo puedo rezar por usted, para que Dios el Salvador se complazca en revelarse en su corazón, que "una sensación de perdón comprado por sangre" pueda "disolver sus corazones de piedra". Para que puedan ser traídos a entregarse a Él, sabiendo que, si lo has hecho, tienes la mejor prueba de que Él se ha dado por ti. Que Dios Todopoderoso los bendiga. ¡Aquellos de ustedes que se van, que Él los despida con Su bendición de él, y aquellos que quedan, que reciban Su favor de él, por el amor de Cristo! Amén.